

Un Camino Más Excelente



Juan Wesley

Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor es el amor. 1 Corintios 13:13

Siendo el amor de una importancia tan vasta – sin el cual, aunque hablásemos lenguas humanas y angélicas, y tuviésemos profecía, y entendiésemos todos los misterios y toda ciencia, y tuviésemos toda la fe de tal manera que traspasásemos los montes; más aún, si repartiésemos toda nuestra hacienda para dar de comer a los pobres, y si entregásemos nuestros cuerpos para ser quemados, de nada nos serviría – Dios ha querido en su sabiduría darnos, por medio de su apóstol Pablo, una relación especial y completa de él.

“El amor todo lo sufre,” tiene paciencia para con todos los hombres; aguanta las debilidades, ignorancia, errores, flaquezas, todas las petulancias y nimiedades de fe en los hijos de Dios; toda la malicia y maldad de los hijos del mundo. Y sufre todo esto no sólo por un poco de tiempo, por unos cuantos días, sino hasta el fin; aun dando de comer al enemigo cuando tiene hambre, o de beber si está sediento; amontonando así constantemente “ascuas de fuego” de verdadero amor “sobre su cabeza”.

Y en cada uno de los pasos que se dan hacia este fin tan deseable – de vencer “con el bien el mal,” – “el amor es benigno”. Está sumamente lejos de la morosidad, de toda dureza y actitud de espíritu, e inspira desde luego en él que sufre, una dulce amabilidad y la más tierna y ferviente afección.

Por consiguiente, el amor “no tiene envidia”. Sería imposible que la tuviera, puesto que está diametralmente opuesto a esa disposición tan funesta. No se puede concebir que quien tiene esta disposición tan tierna para con todos – que desea sinceramente todas las bendiciones temporales y espirituales, todas las cosas buenas de este mundo y de la vida futura para todas las almas que Dios ha criado – sienta la menor pena al conceder cualquier don a alguno de los hijos de los hombres. Si él mismo ha recibido idéntico favor, lejos de afligirse, se goza que otros participen del beneficio común; si no lo ha recibido, bendice a Dios porque su hermano lo ha obtenido y es más feliz que él. Mientras mayor es su amor, más se regocija en las bendiciones de que goza todo el género humano; más lejos está de toda clase y grado de envidia para con cualquiera criatura.

El amor “no hace sinrazón,” o más bien, según el verdadero sentido de la palabra, no se apresura ni precipita a juzgar; a ninguno condena arrebatadamente. No pasa una sentencia severa fundándose en una opinión ligera o repentina de las circunstancias. Pesa primeramente toda la evidencia, especialmente la que está a favor del acusado. Quien verdaderamente ama a su prójimo, no es como la generalidad de los hombres quienes, aun en los casos más sencillos, ven un poco, suponen mucho y se apresuran a formar su juicio, sino que procede con cautela y precaución, obrando con mucho cuidado y aceptando de buen grado la regla de aquel antiguo pagano: “tan lejos estoy de creer fácilmente lo que un hombre dice en contra de otro, que no creo ni lo que dice en contra de sí mismo. Pienso que puede cambiar de opinión y obrar con más acierto”. (¿Cuándo obrarán así los cristianos modernos?).

“El amor no se ensancha,” no induce a ningún hombre, ni le permite tener “más alto concepto de sí que le que debe,” sino que más bien le hace pensar con templanza; más aún, humilla el alma hasta el polvo de la tierra; destruye toda vana soberbia que engendra el orgullo, y hace que nos regocijemos en ser como la nada, pequeños y viles, los más bajos y los siervos de todos. Aquellos que se “aman los unos a los otros con caridad fraternal,” no pueden menos que prevenirse “con honra los unos a los otros”. Los que tienen el mismo amor y están de acuerdo, en humildad se estiman “inferiores los unos a los otros”.

“No es injurioso,” no es descortés, ni ofende a ninguno intencionalmente. “Paga a todos lo que debe: al que temor, temor; al que honra, honra”. Rinde cortesía, afabilidad, sentimientos humanitarios a todo el mundo, “honrando a todos los hombres,” según sus respectivas dignidades. Un escritor define a la buena crianza, es decir, la cortesía, en su más alto grado, con estas palabras: “Un continuo deseo de agradar que se manifiesta en todo el comportamiento”. Si esto es cierto, no hay persona tan bien criada como un cristiano, uno que ama al género humano, porque no puede menos que agradar a su prójimo en bien, a edificación. Este deseo no puede ocultarse, tiene que manifestarse en todas sus relaciones con los hombres. Su amor es sin fingimiento, y se dejará sentir en todas sus acciones y conversaciones, y aún le constreñirá, sin ninguna malicia, a hacerse “todo a todos, para que de todo punto salve a algunos”.

Y al hacerse todo a todos, el amor “no busca lo suyo”. Al procurar agradar a todos los hombres, aquel que ama al género humano no procura su propio bien; no codicia la plata, el oro, ni los vestidos de ningún hombre; nada desea sino la salvación de su alma. Más aún se puede decir que en cierto sentido, no procura ni su propio bien espiritual, como no busca las ventajas temporales, porque a la vez que se empeña hasta donde le alcanzan las fuerzas en salvar almas de la muerte, se olvida de sí mismo. No piensa en su persona mientras que el celo por la gloria de Dios le absorbe. Algunas veces aun parece que debido a un exceso de amor, se rinde absolutamente en cuerpo y alma, a exclamar con Moisés: “Este pueblo ha cometido un gran pecado, ruégate sin embargo, perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito” (Éxodo 32:31,32); o con Pablo: “Porque deseaba yo mismo ser apartado de Cristo por mis hermanos, los que son mis parientes según la carne” (Romanos 9:3).

Nada extraño es que tal amor no se irrite. Obsérvese que la palabra fácilmente, introducida de una manera extraña en la versión (inglesa), no se encuentra en el original. Las palabras de Pablo son absolutas: “El amor no se irrita,” no es descortés para con ninguna persona. A la verdad que la ocasión se presentará con frecuencia vendrán las provocaciones exteriores de varias clases, pero el amor no se dejará superar de la provocación: triunfará sobre todo. En todas la pruebas mira Jesús, y viene a ser más que vencedor.

El amor evita mil provocaciones que de otra manera se presentarían, porque “no piensa el mal”. A la verdad que el hombre misericordioso no puede dejar de saber muchas cosas que son malas; no puede menos que verlas y oírlas, porque el amor no le priva de su vista de manera que no pueda ver las cosas que pasan, ni le quita su entendimiento, como no le quita sus sentidos; de manera que no puede menos de saber que esas cosas son malas. Por ejemplo, cuando ve a un hombre golpeando a su prójimo, o le oye blasfemar el nombre de Dios, no puede dudar de lo que pasa, ni de las palabras que oye, ni del hecho de que todo esto es malo. La palabra “piensa”, no se refiere a la acción de ver u oír, o a los primeros actos involuntarios de la inteligencia, sino al hecho de pensar voluntariamente aquello que no debemos pensar, a deducir el mal de donde no existe; a nuestro raciocinio respecto de las cosas que no vemos, o a nuestra suposición acerca de lo que hemos visto ni oído. Esto es lo que el amor destruye por completo: arranca las raíces y las ramas, el imaginar aquello que no hemos sabido. Desecha toda clase de celos, toda mala suposición; esa prontitud en creer el mal en nuestros prójimos. Es franco, abierto; no es sospechoso y como no imagina el mal, tampoco lo teme.

“No se huelga de la injusticia,” por más que esto sea tan común aun entre aquellos que llevan el nombre de Cristo, que no tienen escrúpulos de regocijarse cuando sus enemigos tienen alguna aflicción o caen en algún error o pecado. Y a la verdad ¿cómo podrán evitar esto los que con celo se afilian a un partido? ¡Qué cosa tan difícil es para ellos el de no sentir gusto cuando descubren una falta en cualquiera

de los del partido contrario, con cualquiera mancha verdadera o supuesta ya en sus principios, ya en su práctica! ¿Qué defensor ardiente de cualquiera causa está libre de esto? Más aún, ¿quién tiene tanta calma que pueda decir que está enteramente libre? ¿Quién no se regocija al ver que su adversario da un paso en falso, y que esto puede resultar en provecho de su propia causa? Sólo el hombre amante, sólo él llora el pecado y la torpeza de su enemigo, no encuentra placer en escucharlo o repetirlo, sino que más bien desea que se olvide para siempre.

“Más se huelga de la verdad,” dondequiera que ésta se encuentre – “la verdad que es según la piedad” – produciendo sus frutos naturales: santidad del corazón y pureza en la conversación. Se regocija al descubrir que, aun sus oponentes, ya sea respecto de opiniones o ya en algunos puntos de práctica, son, sin embargo, amantes de Dios, e irreprochables en otros respectos. Se alegra al escuchar lo que se dice en su favor y de decir todo el bien que puede respecto de ellos, sin faltar a la verdad ni a la justicia. Ciertamente que su gloria en general y su gozo consisten en encontrar el bien dondequiera que se halle diseminado en la raza humana. Como uno de los ciudadanos del mundo, reclama la parte que le pertenece de la felicidad de sus habitantes. Por la misma razón de que es hombre, se ocupa del bienestar de los hombres y se regocija en todo aquello que promueve la gloria de Dios y la paz y la buena voluntad entre los hombres.

Este amor “todo lo sufre” (como indudablemente se debe traducir toda la frase, porque de otra manera sería lo mismo que “todo lo soporta”); porque el hombre misericordioso no se regocija en la iniquidad, ni la menciona voluntariamente. Cualquier pecado que ve, oye o sabe, trata de ocultarlo hasta donde puede, “sin comunicar en pecados ajenos”. Dondequiera que se halla y con cualquiera persona que se encuentra, si ve algo que no aprueba, a nadie le dice nada como no sea a la persona a quien concierne el asunto, por si tal vez pueda ganar a su hermano. Tan lejos está de tomar las culpas o faltas de los demás por tema de su conversación, que nunca habla de los ausentes o no ser que pueda hablar bien. Los chismosos, calumniadores, murmuradores, y en general los que hablan mal de sus semejantes, son para él como los asesinos. No puede destruir la reputación de su prójimo, como no podría asesinarlo. Más fácil le sería divertirse incendiando la casa de su vecino que echar llamas, saetas y muerte, y decir: “Ciertamente me ‘chanceaba’”.

Solo hace una excepción: algunas veces cree que la gloria de Dios o, lo que es lo mismo, el bienestar de su prójimo exige que un mal no siga encubierto y en tal caso, en bien de los inocentes se ve obligado a señalar al culpable. Pero aun así: (1) no habla sino hasta que el amor, el amor superior, le constriñe; (2) no lo hace por un deseo confuso de hacer el bien o de promover el amor de Dios, sino en vista de algún fin especial, de algún bien determinado que intenta hacer. (3) Todavía así no habla hasta no estar persuadido de que estos medios son necesarios a ese fin; que no se puede obtener el mismo resultado, o al menos, no de una manera tan eficaz, con otros medios. (4) Lo hace entonces con mucho dolor y repugnancia, como quien aplica el último y peor remedio, un remedio desesperado para un mal desesperado; una especie de veneno que sólo se usa para extirpar otro veneno; y por consiguiente, (5) lo usa con la mayor moderación en temor y temblor, no sea que quebrante la ley del amor, hablando demasiado cuando tal vez no debería ni siquiera hablar.

“El amor todo lo cree”. Siempre está pronto a creer lo mejor; a pensar de todas las cosas lo mejor que se pueda. Siempre está listo a creer todo aquello que sea en favor del carácter de cualquiera persona. Se convence fácilmente, puesto que lo desea con fervor, de la inocencia e integridad de cualquier hombre o al menos de la sinceridad de su arrepentimiento, si es que alguna vez se ha separado del camino recto.

Se alegra de perdonar cualquiera cosa que haya sido mal hecha, de condenar al ofensor lo menos que se pueda y de tomar en consideración la debilidad humana hasta donde pueda hacerlo sin contradecir la verdad de Dios.

Y cuando ya no puede creer, el amor “todo lo espera”. ¿Se dice algo malo de cierta persona? El amor abriga la esperanza de que no sea cierto; que el hecho que se refiere no haya acontecido. ¿Es cierto lo que la gente dice? Tal vez no haya sucedido con todas las circunstancias que se mencionan; de manera que, aun concediendo que el hecho haya sucedido, hay razón para esperar que no haya sido tan malo como se cree. ¿Fue el hecho malo e innegable en apariencia? El amor desea que la intención no lo haya sido. ¿Es claro que también la intención fue mala? Sin embargo, tal vez no haya sido el impulso de la condición normal del corazón, sino de un momento de pasión, o de una tentación muy vehemente que hizo que el hombre se olvidase de sí mismo. Y aun cuando no quepa duda de que todas las acciones, designios, y aun el genio, son igualmente malos, todavía abriga la esperanza de que al fin Dios levante su brazo y se tome la victoria, y de que haya más gozo en el cielo por este “pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento”.

Por último, “todo lo soporta”. Esto es lo que completa el carácter de aquel que es verdaderamente misericordioso: soporta no sólo algunas ni muchas cosas, sino absolutamente todo. Cualquiera que sea la injusticia, la malicia, la crueldad que los hombres puedan inferir, tiene la habilidad de soportarlo todo. A nada llama intolerable. Nunca dice: “esto ya no se puede aguantar”. No sólo puede hacer todas las cosas, sino también sufrirlo todo por medio de Cristo, que lo fortalece. Y todo lo que sufre no destruye su amor ni lo debilita en lo más mínimo. Está a prueba de todo; es una llama que arde aun en medio del gran océano. “Las muchas aguas no podrán apagar” su “amor, ni le ahogarán los ríos”. Triunfa sobre todas las cosas. “Nunca deja de ser,” ni en este siglo ni en el venidero.

Según el decreto del cielo,
Todo saber se acabará
Y toda profecía cesará
Por siempre jamás.
Pero el amor es durable,
Nadie puede limitarlo
Ni la muerte sujetarlo
Por siempre jamás.
Triunfante y feliz vivirá,
Infinito bien derramado
Y alabanzas escuchando,
Por siempre jamás.